

por favor, no aude...
nes. Atentamente. Hay una remota posibilidad de recuperar el expediente, le aclaro a Sorais, después de tantos años. Veintinueve, añado, veintinueve años y tres meses y dos días. Guardo silencio otra vez. Las cosas son tan difíciles a veces. Pero quedaron de tenerme una respuesta hoy.

[la hermana menor]

Decidimos salir caminando. El recorrido, según Google, no nos llevaría más de unos cuarenta y cuatro minutos a pie. Y el día es espectacular. Avanzamos, pues. Un paso tras otro. Una palabra. Muchas más. Si no es porque perseguimos el expediente de una joven mujer asesinada esto podría confundirse con un paseo de entre semana. Ámsterdam es una calle legendaria en la Condesa, una colonia porfiriana establecida en 1905 que todavía luce con gusto sus viejas casonas *art déco* o *art nouveau*, ahora intercaladas entre edificios de departamentos con grandes ventanales y *roof gardens*. La Hipódromo Condesa se llamó así porque la avenida por la que avanzamos esta mañana de mediados de octubre fue, en sus inicios, la pista ovalada donde los caballos de la época competían contra el reloj. Es fácil imaginarlos: las herraduras de sus patas contra la tierra suelta de la pista, el estertor del galope, sus pieles brillantes, las crines erguidas. Uno tras otro, los caballos. Como si su vida dependiera de ello. Los ojos muy abiertos. El aire. El hocico. Ahora, poblada de tantos árboles que impiden el paso de la luz del sol, Ámsterdam es un recorrido obligado para turistas extranjeros y comensales en busca del restaurante

de moda. Ovalado y cubierto de ladrillos, el camino es una forma cerrada, una especie de *villanelle* material que, con las repeticiones de versos al inicio y final de los cinco tercetos y en el cuarteto último, impiden la experiencia de continuidad o la sensación de finitud. Uno siempre da vueltas dentro de un óvalo. Uno siempre es un caballo corriendo por su vida.

Mientras seguimos a pie juntillas las instrucciones del GPS, se escucha más inglés o francés o portugués que español en las calles de la Condesa. Ahí está, sin embargo, el vendedor de cempazuchitles en una de las orillas del Parque México. Y pasa, después, el recolector de papel con su cantaleta de otros tiempos: periódicos viejos, papeles usados que venda. Ahí están los albañiles que, con las espaldas flexionadas y los brazos hacia el suelo, se encargan de las remodelaciones que han hecho de esta colonia un oasis para hípsters y millennials y, en general, para estos regimientos de hombres y mujeres de largas cabelleras brillantes y uñas limpias. Los perros, amaestrados. Los gatos, espiando desde las ventanas contiguas. El resoplido lejano del caballo. Si viviera en México seguramente no podría darme el lujo de vivir aquí. Pero voy de paso. Aprovecho esta visita de trabajo en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM para rastrear el expediente de la averiguación previa 40/913/990-07, donde quedó asentada la orden de aprehensión que se expidió contra Ángel González Ramos por el homicidio de Liliana Rivera Garza, mi hermana. Mi hermana menor.

Mi única hermana.

[exhausta ya, harta ya, ya para siempre enrabiada]

Es fácil acostumbrarse a la belleza del espacio. La ciudad, aquí, muestra sus mejores galas. Las boutiques de diseñador.

Los perros con correas de cuero. Las glorietas coronadas por fuentes de cantera. Los cafés al aire libre. Los álbomos cubiertos de luz. Los grupos de ancianos practicando taichi. Los teatros. Avanzamos a toda prisa y, a medida que la respiración se acelera, las palabras se precipitan de los labios. El sudor. La falta de aire. Hay tantas cosas que tenemos que contarnos. Lo que hemos hecho. Lo que planeamos hacer. Lo que pasa por la cabeza nada más porque sí. Las palabras retumban en el camino que nos extrae de las calles recién lavadas de la Condesa: vamos hacia Michoacán hasta toparnos con Cacahuamilpa, donde viramos a la izquierda, luego hacia la derecha en Yucatán y Eje 2 Sur. ¿Supiste del profesor acusado de acoso sexual al que le prohibieron poner pie en la Iberoamericana? Casi de inmediato, damos vuelta a la izquierda y luego a la derecha para dar con Álvaro Obregón. ¿Leíste el manifiesto de Marea Verde Oaxaca contra la organización de la FILO? Un kilómetro después, viramos a la izquierda sobre Cuauhtémoc y así nos internamos en la Doctores: de Dr. Velasco a Dr. Jiménez y, de ahí, en calles cada vez más estrechas repletas de autos mal estacionados, hasta el número 56 de la calle General Gabriel Hernández. ¿Ya viste *The Joker*? Los puestos de sopes y tacos olorosos a grasa frita. Las misceláneas de las muchas esquinas. Los balcones destartalados. Los perros callejeros. Los niños solos. ¿Es eso un gavián en medio del cielo? ¿Es fácil amar una ciudad donde todo pasa al mismo tiempo. Donde todo tiempo es tiempo real.

No hace mucho, a inicios de agosto, un pelotón de feministas furibundas se congregó frente a este mismo edificio blanco con ribetes de color verde para exigir justicia. En México se cometen diez feminicidios cada día y, aunque con el paso de los años estas noticias se han ido normalizando, la violación de una adolescente, perpetrada por miembros de